
CARTA AL DIRECTOR .

DE LA

REVISTA DE ANDALUCIA

Muy señor mio y amigo: Porque el asunto lo merece muy mucho, quisiera escribir á Vd. algo de provecho referente á este paraje en que por mi *mal* me encuentro; pero me sucede lo que á cierto celebérrimo novelista y poeta contemporáneo, á quien encargaron hace algunos años un romance en el que se narrase la vida y cantase la gloria del ilustre Manco de Lepanto, de esa grandiosa figura que los siglos ajigantan sin cesár, y que llegaria á ser legendaria si no fuera tan definida y tan perfectamente histórica. El romance no se escribía, porque el encargado de hacerlo *no le encontraba la embocadura*. Palabras textuales.

Yo tampoco se la encuentro á lo que decirle quiero; y aun cuando no se quede sin escribir, quedarás probablemente sin publicar por no ser de provecho, y habré perdido el tiempo y el trabajo.

Y no lo estéril, lo abundante y fecundo del asunto es lo que me presenta la dificultad capital para tratarlo, porque así como la esfera de accion en que aquel personaje desarrollaba su prodigiosa actividad era dilatadisima y compleja á la vez, éslo tambien la de estos parajes, por lo que fueron, por lo que son, y por lo que deben ser mañana bajo múltiples aspectos considerados, y muy especialmente bajo el aspecto higiénico, científico y utilitario.

Todos estos modos de ver son verdaderamente interesantes y debieran despertar mi actividad; pero neutralizándolos, hay aquí una manera de sentir que enerva ó adormece las fuerzas

de la inteligencia y despierta y dilata las del sentimiento, ó quizás más bien las de la sensacion.

Aquí, á los primeros pasos que doy fuera del pueblo, me encuentro con espesos bosques de naranjos, festoneados de pararas y rosales de zarza, bordeados de higueras, morales, aceros y multitud de exquisitos frutales. Y estos bosques de agradable sombra, de primaveral temperatura, de perfumado ambiente y de armonías encantadoras, están constantemente surcados por arroyos siempre inquietos y murmuradores como las cascadas que á todos ellos dan vida, hijas á la vez de otros arroyos que vieron la luz primera entre la ampulosa falda de la nevada Sierra ó en las bruscas cortaduras y salvajes ventisqueros del Cano Veleta.

Me ocurre en este momento (y dispense Vd. la digresion), que estoy dándole, Sr. Director, una verdadera prueba de deferencia, y casi, casi de verdadera amistad. Allá vá. Le estoy escribiendo en uno de esos naranjales, corre á mis piés uno de esos arroyos, llega hasta mi frente de vez en cuando la imperceptible y blanca espuma de una de esas cascadas, aspiro el perfume de esas flores, veo á través de los árboles, y como una vista estereoscópica, las silenciosas ruinas de un castillo árabe, y más allá la sombría sierra de Lujar, que aún cruzan monteses cabras y horadan atrevidos mineros, y más alla, como azulada faja bañada de bruma, el mar Mediterráneo..... Llega á mi oído dulce, vibradora, enamorada la voz de una muchacha que, desde un terrado que al naranjal domina, lanza á los cuatro vientos, con esa enérgica languidez del fandango, una de esas coplas que encierran un poema, cuyo autor es casi siempre el pueblo, que sabe sentir las aunque no sepa aquilatar su valía. Dígame Vd., Sr. Director, si en una situacion como esta, y entre dos y tres de la tarde, no se necesita mucha fuerza de voluntad, mucho deseo de corresponder, mucha abnegacion que revela amistad, para seguir escribiendo y no tirar el lápiz, y, recostándose sobre la verde alfombra, entregarse á ese *dolce farniente*, inmaterial y misteriosa hamaca del espíritu, cuyo voluptuoso vaiven solo saben gozar en toda su plenitud los hijos de esas soñadoras razas meridionales, que teniendo el privilegio (indulgencia para la frase) de no haber materializado el espíritu ni espiritualizado la materia, con ambos elementos de

vida en íntimo consorcio, cruzan lentamente el tiempo y el espacio llenando al par el corazón y la inteligencia, sumergidos en una aspiración indefinible, especie de luz crepuscular que vela sin cubrirlos los inabordables horizontes del infinito y la eternidad.

Y basta de digresión.

Había comenzado por decir á Vd. algo de la topografía de este pintoresco paraje, «síntesis del valle y la Alpujarra,» como dijo Alarcon con sobrado fundamento, pues es á la vez frondoso sendero del valle de Lecrin y agreste puerta de la bravía Alpujarra; es decir, me había entrado de rondón en uno de esos naranjales que festonean las faldas de Bordaila, en las que la población se asienta de Occidente á Oriente, dividiendo esa colina de escalonada verdura en dos zonas diferentes que parecen pertenecer á dos climas diametralmente opuestos: la zona Sud, que asciende desde el lecho de los barrancos hasta las casas del pueblo, que con sus azahares perfuma, y la zona Norte, que desde las mismas casas que sus castaños sombrean arranca en ruda pendiente escalonada hasta tocar las cumbres de la frondosa colina que enlaza con el nevado cerro Caballo, estribación á la vez de otros más gigantescos picos de la renombrada sierra. ¡Extraño paraje que puede el viajero recorrer en algunas horas descendiendo desde las regiones del perpétuo invierno hasta los valles de una eterna primavera sin que apenas el estío le salga al encuentro en medio del camino! Y en este trayecto se cruza el pueblo de Lanjarón, sus jardines, huertos y accidentada vega, circundada á trechos por escabrosos eriales, esmaltados por grupos de viñedos, de olivos, de frutales y otros árboles de las tres zonas de la tierra. Hase dicho por algunos que las producciones de cada una de estas zonas se ven aquí perfectamente deslindadas, y esto no es exacto. La prueba está patente en los huertos del pueblo, donde se encuentran mezclados castaños, naranjos, olivos, morales, palmeras, arrayán silvestre y frutales de muchas clases y de todos climas: lo que aquí se ve no son fajas cortadas, es una gradación diluida, como las tintas de un celaje sereno en una tarde de estío, lentamente contempladas desde el rojizo Poniente al blanquecino cénit. En esta escala progresiva, cuyos peldaños se fusionan con el que les precede y el que les sigue, parece

que la naturaleza ha querido prodigar el lujo ostentoso de sus inagotables tesoros haciendo brotar las plantas y las flores de las más apartadas regiones de la tierra, desde el liquen del Spitzberg hasta la palmera de la Arabia y el plátano del Nuevo Mundo. Y accidentando más y más este encantador paisaje véñese por doquiera barrancos profundos, pendientes rápidas, cortes abruptos, empinados tajos rojos y plumizos, veredas y carriles que se enroscan y desenlazan por las vertientes de las lomas y las angosturas de las cañadas, y se esconden entre el follaje de los bosques como gigantescas serpientes de rugosa piel y removidas escamas, arroyos torrenciales y ruidosas cascadas que la lienacion del Veleta envia sin cesar con el color opalino de sus nieves, murmuradores arroyos, ya turbios, plumizos, amarillentos ó verdosos como la *launa*, por donde se filtran, ya cristalinos con sedimentos rojos, que coloran sus bordes y su lecho con el óxido de hierro de que vienen sus aguas saturadas... al N. E. el rio, de anchuroso y profundo lecho, manso á veces y tranquilo como un arroyo de las praderas; rugiente, impetuoso y desbordado otras como torrente embravecido; al N. O. el barranco del Salado, de inquietas y movedizas márgenes, en las que nada hay estable, ni plantas, ni rocas, ni edificios; en las que todo se muda, revuelve y emborriona en pocas horas, cual si sus capas se hallasen aún sometidas á esas rudas trasformaciones de los primitivos periodos geológicos; barranco que se deja atravesar casi siempre á pié enjuto, pero que de vez en cuando se ensoberbece, corta la carretera que lo cruza, rompe y desgarrá cuanto á su paso encuentra, y arranca de sus márgenes y arrastra entre sus aguas turbias y transporta á considerables distancias gigantescos peñascos de algunas toneladas de peso.

Añádase á todo esto un suelo en grandes extensiones movido, cortado, grieteado, revuelto, lleno de rocas desgajadas, de capas entrecortadas, de corrimientos superpuestos y entremezclados de cavernas tortuosas, de simas profundas; y estas rocas, estas simas, estas cavernas, ceñidas, cubiertas, bordadas de parrales, de hiedras, de multitud de trepadoras y parietarias, de plantas aromáticas y de flores de todos matices. Vese por otros parajes el terreno espurreado por el amarillento sulfato de hierro eflorescente, arañado por surcos rojizos que

pinta el óxido de hierro, veteadó por filones de hierro espécético al descubiertó..... ¡por todas partes hierro! en el agua, en la tierra, hasta en el aire parece que se respira! Figúrese Vd., á más de todo esto, una gran riqueza de bellos mármoles, un terreno generalmente extratificadó y lleno de rocas metamórficas, una interrupcion frecuente en la horizontalidad de las capas, en algunos de los terrenos movedizos ondulaciones extrañas de amarillo y rojo, y en medio de todo esto un pueblo de tres á cuatro mil almas, á 1.478 metros sobre el nivel del mar, que descubre desde sus terrados de *launa*, especie de marga arcillosa sin cohesion aparente, pero bastante impermeable y con la cual sustituyen aquí económicamente la teja y el ladrillo.

Aunque de brocha gorda, ya tiene Vd. hecho el bosquejo de Lanjaron; pero como en realidad solo me he ocupado de la envoltura, forzoso será decir algo del núcleo. Con asegurar á usted que en Lanjaron se descubre, desde el momento en que se fija la atención, un pueblo honrado, sóbrio y laborioso hasta el exceso, creo que está hecho su elogio. Dedicado casi exclusivamente á la agricultura, disputando palmo á palmo á los fenómenos geológicos y atmosféricos un suelo que frecuentemente se escapa de las cadenas de piedra con que en forma de albarradas lo aprisiona, refractario á toda clase de innovaciones, apegado á sus tradicionales costumbres, creyente, religioso, hasta devoto, pero sin rayar en el fanatismo intolerante; uniendo y amalgamando con frecuencia la fiesta popular y la religiosa, hasta el punto de dirigir simultáneamente un requiebro á la novia y una oracion al santo ante los altares, llenos de luces y de flores, que en las calles erige con frecuencia, este pueblo vive tranquilo, contento, casi feliz. No hay que buscar aquí esa alegría loca, bullanguera y contagiosa de la generalidad de los pueblos de Andalucía; aquí hay algo de sério, de melancólico que, aun en medio de sus fiestas y diversiones, surge flotante como una vagarosa neblina, que sin dejarse ver se deja sentir. Cuando se contempla esa melancolía, esa seriedad, ese ánimo refractario á lo nuevo, á lo desconocido, á lo extraño, la imaginacion, escudriñando las causas de estos fenómenos, se remonta á los orígenes de la poblacion y cree hallarlas en los restos de sangre morisca, que, aunque

derramada á torrentes y trasbordada á las inhospitalarias costas africanas, no pudo, sin embargo, quedar en su totalidad extinguida.

Tengo observado, aun cuando no me explico el fenómeno, que cuando ciertas razas pueblan mucho tiempo un territorio, parece como que impregnan su suelo y su atmósfera en su propia sávia, y que esta sávia imperecedera germina en las razas y generaciones que le suceden. Lea Vd. lo que dice Ebu-al-Jatib de varios pueblos de nuestra provincia, obsérvelos hoy, y verá con sorpresa que lo que esos pueblos fueron en tiempo del célebre geógrafo, eso mismo son en la actualidad: su manera de ser, sus condiciones de carácter se conservan hoy invariables á través de las razas y á través de los siglos. ¿Qué extraño es, pues, que en este paraje se conserven algunas ó muchas de esas condiciones, siendo tan reciente la última página histórica que árabes y bereberes escribieron en su suelo? De esas razas indómitas y pujantes que llevan en su seno grandes gérmenes de vida, siempre resta algo aunque sus hombres pasen; y las que estos terrenos poblaron fueron, como pocas, ricas de espíritu asimilador, de incontrastable bravura, de exuberante vitalidad.

La prueba está en su historia. Las razas cuyos guerreros, iniciado ya el período de su decadencia en España, derrotan, acaudillados por el Kaisi, al poderoso califa de Córdoba haciéndole 7.000 bajas en las inmediaciones de Andújar, combaten de una manera gloriosa con el celebérrimo Omar-ebu-Afsum; treinta años despues se levantan pujantes á las órdenes del Hambdani y pueblan de fortificaciones su territorio; á poco vuelven á hacer armas contra el nuevo califa de Córdoba; batallan al mediar el siglo XII bajo la bandera de Ben-Said contra los almohades de Granada; se levantan, hundido ya el poderoso imperio agareno en España, contra las victoriosas armas cristianas, y á las órdenes del terrible capitán negro desafian en 1500 desde ese castillo, hoy en ruinas, al incontrastable poder de Fernando el Católico, entregándose los ménos, que reciben á la fuerza el bautismo, y muriendo los más entre los escombros de la mezquita y despeñados desde las altas torres; y ya en el último estremecimiento de aquel poder agonizante, más bien, de aquel cadáver que galvanizó por un mo-

mento el desgraciado Aben-Humeya, atacan, acaudillados por Aben-Farag, á los cristianos, y vuelan su iglesia al finalizar el año 1568; y luego, al principiar el 1569, aún sienten bríos cuando Giron, Anacóz y el Rendatí enarbolan sus pendones para cerrar el paso en el puente de Tablate á la victoriosa hueste del Marqués de Mondéjar y seguir defendiendo palmo á palmo el terreno en los cerros y colinas inmediatas..... Lo repito: las razas que tales hechos realizan, que tal energía, tal fuerza de resistencia y tal vitalidad ostentan, no pueden desaparecer en la nada del olvido; han de dejar forzosamente huellas de su paso por la tierra. Pues bien: esas huellas, aunque emborronadas por el tiempo y los vendavales políticos y sociales, se encuentran todavía en alguna de las condiciones de carácter de los hijos del país. En el color quebrado de sus rostros, que parece revelar un padecimiento, en esa melancolía poco acentuada, en esa gravedad que nunca llega á ser severa, y en ese apartamiento de todo lo extraño, parece adivinarse el sentimiento que hacen brotar las lejanas reminiscencias de un pasado mejor, unido á la conformidad cristiana con un presente que no llena el corazón, pero que tampoco lo enciende con aspiraciones sin esperanza de más venturoso porvenir.

Y, sin embargo, esas aspiraciones y esas esperanzas estarían perfectamente justificadas, porque este suelo encierra tesoros de cuantiosa valía, que explotados con inteligencia han de dar forzosamente en extraordinarias proporciones riqueza y bienestar. Indicaré algo de estos tesoros, ó por mejor decir, prescindiendo de las mejoras agrícolas que con tanto éxito pueden introducirse, de las ventajas comerciales que un buen sistema de vías de comunicación puede fácilmente realizar, del extraordinario desarrollo de la industria minera y del planteamiento de nuevas industrias, á que tanto se presta este suelo, me limitaré al inagotable tesoro de sus aguas medicinales.

Su descubrimiento comenzó en 1774; se amplió en 1793. La administración se hizo cargo de ellas en 1819.

El análisis científico ha clasificado los diferentes manantiales de estas aguas en los tres grupos siguientes:

Salino-ferruginosas carbonatadas: Baño y Capuchina.

Carbonatadas ferruginosas: Capilla y San Antonio.

Acídulo carbonatadas: Salud, Gomez y Julia.

La ciencia y la experiencia, en perfecto acuerdo, prueban la extraordinaria influencia de este poderoso agente terapéutico que la naturaleza ha prodigado en el privilegiado suelo de Lánjaron; y la consoladora estadística de la multitud y diversidad de enfermedades que radicalmente han sido curadas, y de las que solo han sido combatidas y amenguadas en sus molestias y funestos resultados, viene á corroborar más y más con sus números, de una manera brillantísima, el beneficioso influjo de los salutíferos manantiales.

Creo agra a la índole de este escrito la detallada reseña de los padecimientos á que estas aguas tienen aplicacion eficaz, así como de la composicion química de las mismas; todo lo cual puede consultarse en la erudita monografía del doctor Medina, antiguo director del *establecimiento*. Del estado actual de éste es de lo que voy á ocuparme brevisísimamente, y comienzo por advertir á Vd. que al leer la palabra subrayada no se forme de lo que aquí existe la verdadera idea que aquella palabra representa. Hay desde luego un médico director que llena su puesto y hace laudables esfuerzos por introducir las mejoras y reformas que exigen la cultura y los adelantos de la época; pero de verdadero establecimiento balneario puede decirse que esto es casi lo único que en sério existe. La casa de baños se reduce á dos pequeñas albercas con techumbre de cañas y dos miserables y súcios departamentos para desnudarse, donde solo entran los bañistas por tandas de seis á siete, y nada holgados ni cómodos por cierto. Esto y nada más existia hasta la presente temporada: hoy se ha aumentado el local con cuatro departamentos de pilas para baños particulares y una pequeña alberca para pobres de solemnidad. No hay más. Esto en cuanto al local: respecto al agua, solo diré á Vd. que su caudal, de 80 litros por minuto, atraviesa para venir á este punto por una cañería de malas condiciones y un acueducto en ruinas, un trayecto de algunos centenares de metros, perdiendo á su paso mucha parte del ácido carbónico libre y algunos grados de temperatura de los 24 Reaumur que tiene en el nacimiento; lo cual naturalmente desvirtúa su accion terapéutica en muchas de las dolencias que sin estas pérdidas hallarian más eficaz remedio.

Para usar estas aguas, los enfermos tienen que atravesar á

pié ó en burro (únicos medios de transporte) un trayecto de más de un kilómetro, y cruzar el barranco del Salado, no siempre fácilmente, algunas veces con dificultad suma, y en ocasiones solo á hombros de vadeadores. ¿Qué le parece á Vd. este primitivo medio de transporte, aplicado á personas delicadas y á enfermos graves? Me limito á exponer los hechos y dejo á usted los comentarios.

Continúo exponiendo. De las aguas que se usan interiormente tiene Vd. la llamada de la Capilla, á 400 metros de la poblacion, con un camino pedregoso, de fatigosas pendientes, constante humedad y frecuentes barrizales. Este camino y el del Baño comienzan á la salida del pueblo, sin otro punto de contacto en toda su extension: el enfermo á quien propinan estas aguas y además el baño (lo cual es muy frecuente), tiene que andar y desandar todo el fatigoso camino de la Capilla para recorrer de seguida el kilómetro del Baño. No hay duda que es muy higiénico el ejercicio; pero no sé hasta qué punto pueda serlo este en las malas condiciones con que se realiza.

Algo análogo puede decirse de la Capuchina, pues si bien es corta la distancia á que se encuentra del camino del Baño, lo húmedo, resbaladizo y pendiente de la vereda que á ella conduce hace difícil y expuesta la bajada, encontrándose el enfermo al concluirla con un paraje húmedo, triste, de desagradable aspecto y nada higiénico ciertamente.

La Julia, San Antonio y Salud se encuentran al lado de la carretera y en cómoda situacion, hallándose esta última, que es la de uso más general, y punto á la vez de reunion de los bañistas, en una anchurosa esplanada con asientos, todo modesto y rudimentario, pero agradable por su situacion.

La Gomez, de escasa aplicacion como la Julia, se halla situada á pocos metros de la Capilla.

A esta sucinta reseña solo me resta añadir que existen aún tesoros no explotados, y quizás tesoros ocultos que pocos conocen. A los primeros pertenece un manantial que brota á 80 metros del Salado ó Baño, análogo á este y con 22° Reaumur de temperatura. Parece ser una filtracion del mismo venero. Otro análogo, si no idéntico al de la Salud, que nace muy cerca de la Capilla, y otro muy semejante ó igual á la Capuchi-

na, que aparece á pocos metros de la Salud. Respecto á los segundos, altas consideraciones me imponen silencio.

Seria injusto si dejase de consignar en esta carta que el actual dueño de estas aguas intentó hace dos años mejorar las condiciones del establecimiento comenzando á edificar una bonita casa de baños; pero mal meditado el proyecto, resultó que el edificio, aún no concluido, comenzó á cuartearse y fué necesario abandonarlo despues de haber gastado inútilmente algunos miles duros en su edificacion.

Réstame hablar de dos calamidades de muy diversa índole que pesan sobre los desdichados enfermos que vienen aquí en busca de salud. Son éstas lo que los bañistas han dado en llamar la plaga de Lanjaron, y el camino que á esta villa conduce desde las inmediaciones de Tablate, en que abandona la atrevida y bellísima carretera de Motril. La plaga es..... figúrese Vd. una de esas lluvias temporales, caladeras interminables del invierno, una lluvia además contra la cual no haya paraguas posible, ni saco impermeable, ni albergue donde guarecerse; figúrese Vd. ahora que cada gota de esa lluvia se convierte en una mosca, y que cada mosca al morir deja una numerosa sucesion: si se puede Vd. figurar todo esto, tendrá una idea, aproximada no más, de la plaga de Lanjaron. Las moscas forman aquí la parte más integrante de las capas inferiores de la atmósfera durante los meses de estio; dan al terminar el otoño un abundante contingente de cuantiosa valia para el abono de las tierras; truecan pardas en pocos momentos las flores que fueron blancas; matizan de oscuro las ropas de color claro; comparten con el hombre el alimento y á veces forman parte integrante de él; se asoman á las ventanas de la nariz, al conducto del oido, al velo del paladar; se las encuentra uno en el agua con que se lava, en el jabon con que se afeita, en los bolsillos de la levita, en todas partes... Señor Director, todo esto es poco para que Vd. comprenda bien lo que es la plaga de Lanjaron. Ayer escribia un amigo mio de buen humor una carta que empezaba así:

«Con una pluma en la diestra
y en la siniestra un mosquero,
escribo, y me desespero,
como verás por la muestra...»

Esto quizás le dé á Vd. más exacta idea de la dichosa plaga.

Paso á la segunda calamidad: al camino. Es una legua no más; pero esta legua, en la que solo á la gran pericia de los mayores se debe el que la crucen las diligencias sin rodar y despeñarse diariamente, serpentea por laderas y barrancos sin puentes ni pretilles; su estado de conservacion es lamentable; el desarrollo de sus curvas violentísimo; sus pendientes de un tanto por ciento ilegal é inadmisibles; su anchura para solo un carruaje en casi todo su trayecto. Calcule Vd. lo que ocurrirá cuando se encuentren dos, como suele suceder. ¿No es esto triste y vergonzoso?

Pero me he propuesto no hacer comentarios: expongo hechos y dejo á Vd. las consideraciones que los mismos puedan arrancar á su alto criterio. Séame lícito, sin embargo, al concluir, lamentarme al ver perdida entre escombros, como decirse suele, joya de tal valia, que en manos hábiles hubiera eclipsado hace tiempo á los más renombrados establecimientos del mundo.

Dispense Vd. lo difuso y desaliñado de esta carta, que encomiendo á su buen juicio para que haga de ella el uso que tenga por conveniente.

Soy de Vd. con toda consideracion atento y afectísimo amigo,

GERMAN GONZALEZ.

Lanjaron 24 Junio 1876.

CARÁCTER DISTINTIVO DEL SIGLO XIX

La historia del mundo cuenta siglos cuyo carácter principal es la fuerza, el idealismo, la teología, las artes, la ciencia, la especulación filosófica y el derecho político. Así aparecen á nuestros ojos, ora armados con la espada del combate, ora absorbidos por el estudio, ya dominados por los misterios de la fé y el ardor de las creencias. A ninguno de ellos se parece el siglo presente, con ninguno guarda analogía ni semejanza. Sepárale de los demás un abismo de progresos y descubrimientos en todos los órdenes de la vida; sepárale también ¿por qué no decirlo? el espíritu incansable de su civilización y la sed inextinguible de los grandes destinos.

Es el siglo XIX como inteligencia que nunca se cansa de investigar, como brazo que no da reposo á sus tareas, como pensamiento que, á medida que descubre nuevos y más brillantes horizontes, dilata su espíritu y extiende sus dominios; es coloso que desdeña á sus predecesores hiriéndolos con la luz de su sabiduría, humillándolos con las proezas de genio. Engreído con las maravillas de su progreso, tocado de la soberbia de sus hijos, enaltecido por sus propias cualidades, diferenciase radicalmente de los siglos anteriores, y á duras penas, y como respondiendo á las instigaciones de refinada hipocresía, tributa á los que le precedieron en la carrera de la vida el homenaje de su reconocimiento.

Somos orgullosos, no es dado negarlo, porque fuera negar lo evidente. Tenemos en nuestra sangre la fuerza volcánica de este siglo de fuego; llevamos en nuestro espíritu y alimentamos en nuestro corazón la soberbia y el desvanecimiento de la época. El presente nos deslumbra y el pasado nos abochorna. Razon hay para ello; pero no debemos olvidar los trabajos, los

grandes trabajos de las edades que flotan en los espacios de la historia. Ellos nos han traído al estado en que estamos, ellos nos han precedido en los combates que libran constantemente la libertad y la reaccion, la filosofía y el milagro, la ciencia y la fé, la verdad y el error; á ellos debemos exclusivamente la más grande revolucion de los tiempos que podemos llamar modernos, la revolucion francesa, esa luz vivificante que todavía dirige nuestros pasos en los azares del mundo político. Seamos justos y no nos ciegue la pasion que los propios asuntos suelen producir. Acordémonos del Renacimiento, de las grandes unidades nacionales, de la Reforma, de la filosofía católica, rebelde á la razon, pero de vuelos superiores; acordémonos de los grandes poetas, de su teatro, hoy seguido por muchos hasta en sus detalles; acordémonos, sobre todo, de la sábia escuela enciclopedista, á quien debemos provechosa ilustracion y gratitud eterna. Y hecho esto, pagada deuda tan justa, hablemos de nuestro siglo, demos rienda suelta á nuestro amor propio y á nuestra vanidad excusable; mas hagamos constar sin vacilacion cuál es el carácter distintivo del siglo XIX, cuál el hondo, el profundo vacío que le separa de los demás.

Hay en el siglo XIX algo que hiela el corazon y contrista el alma, algo que mortifica nuestro genio, algo que cubre con su negro manto las más puras ilusiones: la duda. La duda es, sin disputa, el carácter distintivo del siglo XIX, su hija natural, su compañera inseparable, la nube que, extendiéndose sin cesár por los espacios de la vida, tiñe y ennegrece sus horizontes.

En medio de nuestras discusiones extraordinarias, de nuestras polémicas luminosas, de nuestro regocijo al abarcar los más pavorosos problemas, sentimos un vacío que no sabemos, que no podemos llenar con el calor de la conciencia; sentimos lo que en versos inmortales ha cantado Espronceda, la duda: siempre la duda, siempre la fria vacilacion de una filosofía ecléctica que parece gozarse en la perplegidad y el desencanto de nuestro ánimo.

En vano los hombres superiores, los talentos privilegiados, inquietan la verdad, unos en los partidos políticos, en las escuelas filosóficas otros, no pocos investigando el fundamento de las religiones. Para un rayo de luz que brote de sus trabajos

salen crueles mil y mil sombras que empañan el cielo de su esperanza; para una afirmacion consoladora, número infinito de amargas perplejidades; para un análisis fecundo, cien abstracciones que perturban la razon y hacen desmayar los más claros entendimientos.

Los corazones más enteros, los espíritus más fuertes, las almas de mejor temple dudan y vacilan ante ciertos pavorosos problemas. Ven la realidad y huyen de ella, ven el idealismo y les espanta, miran el ayer y sus sombras profundas les causan miedo, miran el hoy y su brillo resplandeciente les quema la vista. Y como descontenta de todo, de lo que palpa y de lo que presiente, de lo que fué y de lo que es, tortura su inteligencia poderosa, acibara sus sueños, retúercese en sus brazos, gime en sus dolores, acongójase en sus terribles amarguras, eleva sus ojos al cielo con soberbio desvanecimiento unas veces, bájalos otras á la tierra con sentida humillacion, y en este fragor continuo, y en esta lucha incesante, solo una cosa embarga su pensamiento: la duda.

Partidos formidables enriquecidos con el caudal de la fé; escuelas que creyeron vivir eternamente aspirando sin cesár el fuego fátuo de los sepulcros; doctrinas que se consideraban indestructibles como nacidas en la tradicion y sancionadas por la costumbre; filosofias inspiradas en libros tenidos por santos, por inviolables, superiores á toda ciencia, á todo descubrimiento, á toda creacion del espíritu; reliquias veneradas con piadosísima devocion y recogimiento profundo; hombres de arraigadas convicciones, pueblos de intachable consecuencia, sociedades preparadas para una vida sin interrupciones; todo, el mundo de la teología y el mundo de la razon, el mundo moral y el mundo de la inteligencia, pagan su tributo á la comun enemiga y se declaran vencidos ante ella, cuyos bríos y empuje no pueden resistir.

¡Y cómo se ha extendido la duda! Nada ni nadie hay que no haya gustado, que no guste su frio sabor. Semejante á la lluvia que cae pródiga sobre todos los campos, la duda inficiona terrible todos los espíritus, siendo su poder tal y tan grande, que ni la familia, ese santuario abierto cariñoso á todas las decepciones y tristezas, ha podido librarse de su influjo. Tambien la familia duda, y duda aquellas cosas y misterios que

nuestros padres elevaban sobre todo lo humano; aquellas creencias que eran como el bálsamo reparador de esta existencia preñada de dolores é infortunios; duda ¡ay! aquello sin lo cual la vida es mero accidente, y el sér racional puro capricho de la naturaleza, que se complace en poner en nuestro pecho el anhelo de una perfeccion ilusoria.

La duda ha invadido todas las clases y helado todos los espíritus. No es, no, el siglo XIX, este siglo cuyo genio creador y audaz satisface en parte nuestras ambiciones y página inmortal nos reserva en la historia, á propósito para fortalecer los secretos impulsos del corazón y la fé natural que atesoran las conciencias. Frio como la lógica, escéptico como la sabiduría, positivo como el egoismo, inflexible como las matemáticas, gárrulo y decididor como sus disputas interminables, en lugar de acrecentar la fé deshoja y marchita con su aliento demolidor las flores más puras de nuestra alma, quebranta las más arraigadas convicciones, hiere, destruye, aniquila y á menudo polvo reduce el fecundo idealismo de nuestras artes, de nuestra literatura y de nuestras costumbres.

¡Triste suerte! Porque el espíritu se alimenta de la fé como las plantas se alimentan del rocío. ¡Triste destino! Porque el alma sin ilusiones y la conciencia sin culto, ¿qué son sino el preludio de la muerte?

Y no hay que negarlo: la duda es el carácter distintivo del siglo XIX. Ved las controversias de las escuelas filosóficas, sus libros, sus apóstoles, sus direcciones, su manifestacion, sus vuelos de águila y sus desmayos de pigmeo; ved la religion, sus ritos, sus dogmas, sus luchas terribles, sus sacudimientos extraordinarios, el impetu irregular con que quiere sostener el misterio de sus doctrinas y la superioridad de sus sacerdotes; ved la política, sus apostasías, sus arrepentimientos, sus giros extraños, sus gritos de combate, y á las veces su silencio semejante al silencio de los sepulcros; ved la sociedad, inquieta, agitada, turbulenta, renegando del ayer, apasionada del hoy, levantando ídolos para luego derribarlos, vacilante y sin rumbo fijo; ved la literatura, encanto sin igual de nuestros sentidos, ora idealista como Calderon, ora escéptica como Goethe, ya realista como Dumas y Sardou, pero sin ideal definido y completo, sin esas grandes epopeyas que se forman y cons-

truyen al calor de la fé; ved las artes, su total decaimiento, su perplegidad, sus moldes rotos en mil pedazos, sus hijos tocados del espíritu del siglo; ved las costumbres, las clases, la familia, seducidos por los resplandores del oropel y agujoneados por el deseo de lo imposible; ved, en fin, la fisonomía abigarrada de nuestra época, y vereis vagar por ella, con señales evidentes de vida, la esfinge terrible de la duda.

Esa es tu obra, siglo XIX, ese tu destino. Renegaría de tí ¡oh, siglo que has matado las dulces ilusiones de la fé! si en el torbellino de tu progreso y alumbrada por la luz de tus adelantos no viera destacarse, como se destaca el sol en los cielos, esta palabra sublime: LIBERTAD.

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

UNA RESPUESTA

SONETO

Luchó la España de renombre avara,
hizo de Europa su potente silla
y el vigoroso aliento de Castilla
del mundo por los ámbitos cruzara.

Un día tanta gloria acumulara
que espacio le faltó; salvó la orilla,
y el mar surcando en frágil navecilla
más tierra busca y de bogar no pára.

El Viejo Mundo mírala altanero
motejando su arrojo de infecundo,
y llama iluso al esforzado Ibero.

Él, por repuesta, con desden profundo,
arroja con la punta de su acero
á los piés de la Europa un Nuevo Mundo.

J. PEREZ DEL CASTILLO.

SOBRE LAS FUENTES DE CONOCIMIENTO EN GENERAL
Y CON APLICACION Á LA PSICOLOGIA, LA LÓGICA Y LA ÉTICA

I

Sabido es que se llaman *fuentes de conocimiento* los medios por los cuales llegamos al de un objeto cualquiera.

Este es, á la verdad, el sentido de la palabra *fuer*nte aplicada á nuestro asunto, hasta en el uso comun. Son, pues, las fuentes *medios*, pero medios vivos, por los cuales, como lo indica su nombre, viene el objeto á nosotros; dando á entender algo de comun entre él y el sujeto, sin lo que mal podria hacerse presente aquel, ni determinarse dicha presencia, merced á la actividad intelectual de éste.

Significan, por tanto, las fuentes algo como del objeto que existe en nosotros mismos; lo cual se advierte considerando, por ejemplo, que el sentido, por cuya intervencion nos aparece la naturaleza en su última manifestacion individual, es precisamente un órgano natural (1), y ciertamente el más fino y delicado, donde se representan y figuran los estados de los seres fisicos.

Ahora bien: puesto que cuanto el hombre conozca ha de verificarlo sin salir de la conciencia, es evidente que las únicas fuentes propias son las que podriamos decir se abren en la misma naturaleza racional, sin atender á las cuales fueran inútiles todos los medios segundos y relativos. Pero, como sér finito, puede el sujeto ayudarse exteriormente en su obra de otros individuos, con lo que existen otras fuentes auxiliares para el ejercicio ó aplicacion de las propias.

(1) V. *De la Sensacion*, por D. J. Sanz del Rio, *Revista de Filosofía de Sevilla*, t. II.

Mas se debe considerar aún, que el asunto de una ciencia, visto en unidad, se hace presente á la conciencia humana de una vez, sin mediacion alguna; mientras que para apropiarse la inteligencia objetos particulares de la ciencia ó de la vida, necesita de medios introductores (si vale la palabra); hallando, por tanto, dos especies de fuentes: *inmediatas* y *mediatas*, y refiriéndose las unas á la intimidad del espíritu y las otras á algo exterior al mismo, si bien en relacion con él. Son, por consiguiente, las fuentes un propio poder de la naturaleza humana para su determinacion en la actividad, por acusar el primer momento de esa facultad de los séres, cuyo análisis nos facilitará el cabal concepto de *f fuente*.

II

Todo hombre reconoce en sí la propiedad de la actividad, al par que se atribuye otras: la unidad, la totalidad, etc., cuyo vario enlace constituye su naturaleza. Distingamos la primera de las restantes. El sér racional se llama *activo* en cuanto por sí mismo, por propio esfuerzo, determina su esencia; en cuanto se da á sí y ante sí, como el que es. Pero siendo á la vez que el mismo é idéntico (*Yo*), *el otro*, en cierto modo: es decir, que establece, *pone* su esencia, la informa. En otros términos: el Yo, se observa siempre como *uno* y *el mismo* indisoluble, y como *uno* y *el otro* determinándose en diversas posiciones, en diferentes estados, en forma propia y variada. Y no siendo posible que el Yo sea, exista y subsista á la vez en la contradiccion de idéntico y distinto, se resuelve la antítesis por la sucesion de los estados, por la ley del antes al despues, del ahora y del luego, cuya forma de cambio y mudanza se denomina *tiempo*. El Yo produce sus estados, hace su tiempo, realizando en él su esencia, y solo ella; pues únicamente es dable á cada uno manifestar lo que le es propio. Hé ahí pues, en que consiste la *actividad*: en la propiedad de la determinacion, ó de la realizacion de la esencia en estados.

Hemos dicho que el Yo no hace sino lo posible para él, que es su esencia. Lo *factible*, por consiguiente, es término que se refiere á la actividad en su primer momento, *la posibilidad*, la cual se produce en aquella *específicamente* siendo cada una de

las esferas ó géneros de determinacion, los poderes de hacer, las facultades, que principalmente aplicadas al conocer, reciben el nombre de *fuentes*.

Si la actividad consiste en la informacion de nuestra naturaleza en estados individuales, producidos en forma de tiempo, claro es que se mueve incesantemente entre dos extremos: el de la posibilidad (en la *potencia*) y el de la realizacion de la misma (en el *acto*); puesto que el Yo no verifica cuanto cabe en su posibilidad á causa de los límites anejos á lo humano. Entre ambos polos estriba con efecto, la vida y sus más capitales problemas: lo factible y lo hecho, el ideal y la ejecucion, el plan y la obra, el pensar y el hacer, todos cuyos términos, si se relacionan indebidamente, son eternos obstáculos del arte, y del vivir racional, artístico (1). La efectividad es, segun lo expuesto, el resultado de la potencialidad ó virtualidad, en su momento último y sensible; el Yo, el *fundamento* y *causa* inmediata de esos estados.

Conforme á lo anterior, se determina tambien cuantitativamente la esencia siempre, más ó ménos, segun grados de posibilidad ó *fuerza*. Así como tampoco cualitativamente queda la actividad en pura indefinicion: antes por el contrario, se muestra bajo unidad interiormente varia en múltiples relaciones de sustantividad, de totalidad, de resolucion; *conociendo*, *sintiendo*, *queriendo*.

Ahora, por último, el hombre conoce objeto, algo, dado á su inteligencia como general ó particular, relativo ó absoluto, ó trae y renueva estos objetos en sí mismo; pudiendo conocerlos como todos ó como partes, ó como relaciones de ellos consigo, ó con otros, etc. Pues bien, cada una de estas facultades constituye en el conocimiento una fuente particular.

III

El hombre es un sér de doble y distinta naturaleza, un sér compuesto de espíritu y cuerpo; pero no como de mero agregado, sino de union de unidad, y de cuya union *se sabe*, es de-

(1) Entre lo infinito del ideal y lo concreto del hecho, media un abismo.—V. la *Estética* de Hegel, t. IV, «Relaciones de la Poesía con las demás artes»

cir, tiene conciencia de la dualidad, y de la unidad que la preside; cuya conciencia de la union, en su principio, constituye el *Yo*. nombre del sér racional por antonomasia. Cuando el hombre dice *Yo*, dá á entender la unidad de su sér; cuando *yo mismo* (*nosotro smismos*) indica el espíritu; cuando *lo otro que yo mismo*, pero en *inmediata* union conmigo, quiere significar el cuerpo. (1)

Ahora bien: las fuentes de conocimiento, ¿son de todo el sér, fuentes humanas, ó espirituales, ó corpóreas? Y la actividad á que se refieren primeramente ¿es la del espíritu, ó del cuerpo, ó del hombre?

Como la actividad la decimos ante todo del *Yo*, evidentemente la consideramos propiedad del sér, en su composicion sintética. Y bajo esto, tambien se atribuye á los dos elementos ó factores humanos. *Yo pienso, yo siento, yo quiero*: el hombre tiene estas tres propiedades, la inteligencia, la sensibilidad, la voluntad, es decir, *hace* pensamientos, sentimientos, voliciones. Son, pues, actividades especiales ó específicas, y no ciertamente del cuerpo, puesto que *Yo mismo* soy el que pienso, siento y quiero; ni al más inculto se le ocurre decir que lo otro que él mismo piensa, quiere ó siente.

Además, el cuerpo tiene tambien sus actividades y fuerzas, que obran tan de por sí (las verdaderamente orgánicas) en su todo superior genérico, como las del espíritu en su propia unidad concentrado. Las actividades de este las ejerce incesantemente el *Yo*, de lo cual se sabe y como causa inmediata, aunque á veces no tenga de ello conciencia *subjetiva*, esto es, aunque el sujeto en el tiempo no se dé cuenta de la accion; lo cual equivale á dejar sentado que el sér anímico tiene tambien necesidades, siendo, al par que libre, necesario (2).

Se dice que el espíritu obra de por sí sin darse cuenta en ocasiones de sus actos (*como sujeto*), y con esto evidentemente no há lugar á creer sale de su naturaleza; antes bien, debe pensarse la cumple obrando *legítimamente*; habiendo, pues, de reconocerse que al ser necesario, es racional; cuya afirmacion funda la exigencia de que el sujeto en el tiempo tambien lo

(1) V. Dugald-Stewart. *Filosofia del Espíritu humano*. (Trad. Peisse, Paris, 1843. — T. I., página 3.)

(2) J. Sanz del Rio, *Sistema de la Filosofia*, Leccion VIII. Notas.

sea. Por otra parte, el *Yo* dirige y determina su esencia, según relaciones subordinadas de cultura, estados de ánimo individuales, etc. Y en cuanto obra siguiendo los propios impulsos racionales, se llama *libre*. Hé aquí de qué manera necesidad y libertad son dos fases de una misma cosa: únicamente lo necesario y legítimo puede cumplirse con libertad; lo arbitrario é irracional no cabe que sea realizado libremente. La necesidad aparece así, como la esencia de la razón; la libertad, como la forma de lo posible esencial en el causar.

Pero aún debemos añadir algunas notas al modo y carácter de la actividad espiritual, á distinción de la corpórea y natural.

Es todo el proceso general del espíritu de doble acción que el de la naturaleza; tanto produce yendo de la parte al todo, como inversamente; desarróllase en la forma de la reflexión, obra de suyo (*sponte sua*), deteniéndose en el análisis allí donde la intensidad lo requiere; presenta cuadros particulares en el arte, siendo tan original, que dispone á su antojo de su tiempo, desde el punto que este es el tejido de la vida (según la gráfica expresión de Franklin), en cuya trama se componen las más intrincadas relaciones de la existencia en todo ser. Lo estático, lo inmutablemente idéntico, sin cambio interior, es el *no ser*, la muerte absoluta, el vacío absoluto en la naturaleza, la nada inconcebible en la realidad.

Toda la obra del espíritu supone idea que la engendra, regularidad en que se produce y conforma, determinación en que se exterioriza, acaba y completa. La idea, la penetración de los hechos, la realización última sensible, se armonizan en la unidad de la acción. Esta constante permanencia á través de las mudanzas responde á la ley racional á que el espíritu se somete siempre, sabiéndose, aunque como sujeto y á causa de la distracción en que vive, la ignore á veces, ó mejor, no se dé cuenta clara de su existencia.

Pero el espíritu obra *libremente* y tiene *necesidades*; ¿cuál es pues, de ambos términos unidos en la ley, el predominante y característico?

Será condición aclaratoria exponer más ampliamente el concepto de la actividad *necesaria*. Hay algo que parece se confunde con la necesidad: lo encadenado, lo concreto y solidario, lo

unido, lo compacto, lo cerrado y concluso en una série cualquiera, lo fatal, la *fatalidad* (1). No obstante, deben distinguirse ambas.

Decíamos que lo necesario indica lo esencial para ser cumplido, en toda exigencia de razón. Lo *necesario* es siempre indiscutible, está por cima y fuera de toda eventualidad, sin dejar de ser accesible á cierta dirección; se impone al sujeto en la actividad anímica, si bien permite el córte, asiento, descanso, que ejecuta á cada paso el hombre en la aplicación de sus fuerzas. Lo fatal no se refiere al sér de conciencia, queda relegado á la inconsciencia del mundo físico. La naturaleza es fatal en sus creaciones; engendra, empero estereotipa sus obras en formas obligadas y por idéntico camino, siempre del todo á la parte, sintéticamente; sus criaturas llevan el sello de la concreción; nada resta en ellas en vago indefinido contorno, todo es acabado, preciso hasta la última precisión, minucioso y detallado hasta la infinita finitud, hasta la esfera de lo individual (2). Finalmente, la característica diferencial de lo fatal y de lo necesario, se encuentra también en que, como apuntamos al principio de esta consideración, hay conciencia de la limitación y condicionalidad en el espíritu, y en la materia ignorancia de sus leyes.

De todo lo cual se deduce que, siendo las fuentes propio poder del sér racional y consciente para la determinación de su esencia, mediante la actividad, son espirituales, primeramente, y la actividad á que se refieren es la anímica, desde el momento en que esta no es fatal.

IV

Dicho lo que antecede, y puesto que las fuentes conciernen al conocimiento, veamos qué cosa es conocer.

El *conocer* no es un sér, sino una propiedad inherente á este, y en particular al sér racional; y aunque el *Yo* ignore la causa, el principio de la existencia de esta propiedad que

(1) Siguiendo el uso general, empleamos esta palabra, cuyo sentido relativo ha producido sin embargo en la ciencia y en la vida tantos errores y preocupaciones.

(2) De aquí nace la cuestión tan debatida por los estéticos de lo bello *natural* y lo bello *artístico*.

en él se dá, cuantas veces se observa y reflexiona, se halla en estado y hecho de conocimiento, no sabiéndose de su comienzo. Por donde el *Yo* llega á colegir que es siempre *sér que conoce*.

Pero al mismo tiempo afirma que esta propiedad no concluye solamente en él; antes bien, lo piensa de cosa, que no es él mismo en el concepto de *conocedor*. Así tenemos que el *yo* conocedor y lo algo conocido, constituyen el conocer, que es por tanto una relacion, determinada por el *Yo* sujeto y la cosa, objeto.

Mas teniendo el *Yo* otras relaciones y propiedades, débese señalar cuál sea la del conocimiento. En ella observamos que el *Yo*, antes de ponerse en relacion, *es* y el objeto *es* tambien: se ponen pues en relacion, el sujeto como el que es y conoce, y el objeto como lo que es y es conocido; permaneciendo sustantivo el *Yo* en su propiedad de conocer, como permanece el objeto en ella lo mismo que antes, ó en su virtualidad de volver á ser conocido. A una relacion en que ambos *términos* subsisten en su propiedad, quedando inmutables en ella, podemos llamarla *relacion de propiedad*; mas para evitar la frase anfibológica resultante (*propiedad de relacion de propiedad*), puede decirse relacion de *sustantividad* ó de *seidad*, puesto que indica el *a se ipso* (*aseitas*) (1).

Así, el conocer es una *propiedad de relacion sustantiva, ó de relacion de seidad*.

Debe observarse que aunque naturalmente los términos relacionados están unidos, no se confunden; es decir, que la union que el conocer supone es *discreta* (2), pudiendo añadir esta nueva nota al concepto que se investiga, diciendo: que es el conocer *relacion sustantiva en que se unen discretamente sujeto y objeto*; cuya union es dable se efectúe en el *Yo*, sin que sea él quien la funde, ó su principio. Pero el *Yo* se sabe en cada punto y momento de sí; luégo, dándose cuenta de la relacion, se une (como sujeto) en distincion con el objeto (sea el que quiera), en la fuente del saber ó la conciencia. Y agregando esta nueva nota diremos: es *union discreta de sujeto y objeto, vista y sabida en el que conoce ó en la conciencia*.

(1) Usada en los tiempos medios, aunque á veces con más estricta significacion.

(2) Donde se da precisamente la diferencia del conocer con la relacion *concreta* del sentir.

Hay más: no cabe pensar la relación en dualidad permanentemente de términos opuestos, sino que siempre la concebimos como de unidad, siendo por tanto dicha unión, antes que múltiple, *una*. En el conocimiento *Yo*, que es el primero, el ser racional se une consigo mismo en la vista ó intuición de sí. Otros grados de unidad de conocimiento se dán; pero basta á nuestro propósito dejar sentado que la unidad *inmediata* del conocer existe en el ser de quien se dice tal propiedad, siendo el conocimiento *Yo* de absoluta cualidad, ó *evidente*.

Ahora, por último, si la unidad del conocer reside en la conciencia y la unión del sujeto y objeto se dá en el conocer, despréndese que cada estado de dicha propiedad, ó sea, cada conocimiento, es plenamente *presencia del objeto en la conciencia*.

V

Analizados el pensar y el conocer en su unidad, es decir, como un todo, réstanos, si hemos de continuar la ley misma del pensamiento, considerar lo que son interiormente en sí y en la mútua relación de sus términos.

Habiendo sentado que el conocer es propiedad de relación en la que lo conocido se presenta como lo que es en la conciencia, hallamos este término, *el objeto*, ya determinado y singular, ya común y general, es decir, ora permanente, ora mudable. Así, tenemos dos cuestiones capitales en el conocimiento: primera, consideración del conocer según el objeto; segunda, conforme á la cualidad del mismo. Y una vez analizado el primero, nos restará el otro término, *el sujeto*; esto es, yo el conocedor. Y como el yo conoce de varios modos, según muestra la psicología, deberemos examinarlos determinadamente. Hé aquí pues, la tercera cuestión capital: el medio ó fuente que se dá en el sujeto para conocer; no existiendo otra, puesto que el yo es uno, en tanto que el objeto puede ser vario. Con lo cual vemos claramente cómo penetramos paso á paso en el contenido de nuestro asunto *las fuentes de conocimiento* (1).

Ya hemos dicho que no es arbitrario comenzar por aquí el estudio del interior contenido del conocer; y si no bastase lo visto acerca de que lo primero en la consideración es el objeto,

(1) La cualidad del objeto es lo más fundamental del conocer, el cual es siempre según aque-
: el objeto, el sujeto y la relación se determinan por la cualidad del primero.

podríamos repetir que, siendo el conocimiento predominantemente receptivo, se le supone que es siempre según el objeto; y caso de imaginar la existencia de un solo objeto y de un solo modo, no se daría tampoco más que un medio ó fuente de conocerlo; así el objeto determina y condiciona el conocimiento, siendo por tanto en razón, lo primero en el mismo. Tampoco es arbitrario este comienzo, si advertimos que es la primera pregunta que ocurre la de: ¿qué conoce el Yo?

VI

¿Qué conozco yo? La contestación primera es: *yo me conozco á mí mismo*, respondiendo de esta suerte por lo más inmediato, pues lo lejano se dice en relación á lo próximo. Trátase, pues, de averiguar cómo soy yo objeto del conocimiento. El Yo es objeto del conocer, como el que es primeramente, *como yo*, y no desde ó en alguna propiedad ó relación ó parte, debiendo saberse de sí, de quién son las partes, propiedades, relaciones, etcétera. Pero, ¿cómo cabe que el yo conozca sin estar propiamente en vista de sí, como el que es, ó en la conciencia? Ni ¿cómo, de otro modo, diría de sí esta propiedad del conocer? Así, este conocimiento no expresa nada particular, sino antes bien es absoluto. Y entiéndase que *yo* no significa el sujeto; pues, aun atendiendo al lenguaje común, se ve lo relativo de este segundo concepto, desde el momento que se predica de tal ó cual particular ser, mientras que *Yo* lo dice todo ser racional de sí y juntamente de todo otro. ¿Cómo si no, se pudiera afirmar que todo hombre debe hallar lo mismo que yo, si reflexiona, cuando yo, *como sujeto*, soy completamente distinto de todo otro individuo, por cultura, educación, etc.? Así, declarando que el Yo es objeto del conocimiento, no se le afirma como particular y determinado todavía.

Para mayor propiedad en la frase, se reemplaza en el lenguaje el término Yo por el de idéntico sentido *nosotros mismos* (1). Lo cual muestra nuevamente cómo no se predica el Yo de tal ó cual sujeto, sino de todo hombre. Pero Yo conozco y soy conocido: luego me doy en unidad y distinción; unión discreta, en la cual permanezco entre ambos términos en unidad;

(1) V. Dugald-Stewart, ob. y t. cit.

sin ser primero objeto, luego sujeto, sino que soy ambas cosas *ex-æquo* y al propio tiempo; por lo cual es llamado con toda verdad este conocimiento *inmediato* ó *inmanente* (1).

VII

¿Y qué otro objeto puede darse del conocer?

Considerando que el Yo no es sino el inmediato objeto, debe asegurarse que hay realidad, séres que no son el Yo (*lo otro que el Yo*), los cuales pueden ser objeto del conocimiento. Y sabiendo que el Yo se da en relacion con esa realidad, tenemos que la *relacion* misma puede tambien ser objeto del conocimiento. Hallamos, pues, en resúmen como objetos: el Yo, *lo otro que Yo* y la *relacion* de ambos.

Continuemos, pues, la cuestion de *qué conocemos* en esta forma ¿qué más de ser conozco en *lo otro que yo?* pues de nosotros mismos ha de partir la presente investigacion (2).

Hemos hallado anteriormente que Yo soy espíritu y cuerpo unidos, constituyendo esta union la esencia humana.—Ahora bien; segun lo apuntado, *yo mismo* (el espíritu) conozco en mí; hasta el materialista dice: «yo mismo conozco mi cuerpo;» en cuya afirmacion supone el espíritu aunque lo niegue á seguida. Pero yo conozco, al modo de conocer mi cuerpo, otros séres llamados *naturales*, y por doble induccion otros espíritus individuales, y especialmente otros hombres, lo cual no obsta para que tengamos una completa seguridad de que en cualquier cuerpo humano vivo, existe otro espíritu manifestado totalmente, y en particular por la palabra: en manera alguna podrán convencernos de lo contrario. Por esto, sin duda, han conceptuado todas las religiones el lenguaje, como un don de la Divinidad.—Consignemos, pues, que en *lo otro que Yo* existe una esfera de conocimiento *coordinado, transitivo ó transiente*, llamado así porque pasa del Yo á lo exterior á él, sin ascender ni descender en grado ú orden.

(Se concluirá.)

H. GINER.

(1) De *maneo*, permanecer, é *in*, preposicion que indica interioridad; porque todo este conocimiento significa presencia de mí en mí otra vez. Cuanto soy (toda mi esencia) se da en mí como el que soy (en mi total cualidad y forma).

(2) De esto ya hablamos al considerar la actividad en general; nos referimos, por tanto, á lo expuesto.

EL TEATRO INGLÉS

EN LA ÉPOCA ANTERIOR Á SHAKSPEARE

III.

Hemos visto en los artículos anteriores los elementos que cada uno y todos los autores dramáticos aportaron para contribuir al engrandecimiento del género á que se habian dedicado. Hemos visto de un lado la lucha entablada entre lo que podemos llamar género propio, ó sean las manifestaciones reales del carácter de aquel pueblo, y el género clásico imperando casi por completo, merced á los esfuerzos de un considerable número de autores sujetos á la estrecha regla marcada por Sidney en su poética. En esta época podemos decir que existia ya un teatro; pero que no igualaba ni con mucho al de las demás naciones de Europa, pues carecia de los elementos necesarios para la producción de obras artísticas, en aquellos tiempos en que principiando el espíritu de nuevo su desenvolvimiento, necesitaba de la ayuda que prestan siempre los encantos, la cultura y la belleza de que Inglaterra carecia casi por completo.

Comprendieron esto los que á las bellas letras se dedicaban en aquel país, y ansiosos sus ojos se extendieron buscando lo que tan de ménos echaban. Trataron de aportar nuevos elementos, y se dedicaron al estudio de la literatura europea, en la que trataban de encontrar lo que les faltaba. El estudio de las lenguas debió convencerles, en primer término, de que nunca sus obras tendrían en la forma la galanura y fluidez que las de otros países, pues seguro es que de los idiomas hablados en la vieja Europa, ninguno es tan pobre y duro como el inglés. De aquí la primer fuente de males del período que vamos á historiar: trataron de reformar el lenguaje, sin comprender que

era una obra que solo fatales resultados podia dar; pero obra á la que los animaba el ejemplo de las demás naciones, de donde procedia el mal gusto que en la literatura se notaba en aquella época, segunda fuente de perversion del gusto literario en Inglaterra.

En la historia general de la literatura existe un período en el que coinciden y se señala por el mal gusto la ampulosidad y las extravagancias. Italia, país al que parece dotó la Providencia de sentimientos artísticos extremados, ha sido el país al que todos los que se han sentido capaces han ido á estudiar los monumentos que cada una de las generaciones ha dejado como florón de la corona de aquella patria querida. Genios eminentes que sobrevivirán al tiempo habian escrito; pero estos mismos genios incurrieron en defectos que, creidos bellezas por sus imitadores, fueron acrecentados, llegando á formar una escuela digna de llamar la atencion por la extrañeza que causa. Un gran pensador ha dicho que la exaltacion romántica conduce al éxtasis melancólico, y que de este á una casa de locos no hay más que un paso. Esto sentado, fijémonos un momento en la pasion que á Petrarca inspiró aquella Laura, envidiada de cuantos sienten; pasion romántica en extremo, concebida solo por espíritus soñadores que vagan constantemente y forman castillos de las nebulosas, y comprenderemos aquellos sutiles y alambicados pensamientos que se notan en el *Cancionero*. Más tarde, cuando Petrarca ha muerto, pero aún vive en el ánimo de sus admiradores, se crea la escuela petrarquista, alimentada con las platónicas ideas enseñadas en la Academia que los Médicis fundaron, escuela que llega á su límite con las producciones del cardenal Bembo, que creyendo encontrar ó rehacer la lengua en que las Catilinarías se pronunciaron, consiguió solo viciar más y más la armoniosa lengua del Dánte.

Si de Italia pasamos á Francia encontramos este período con la escuela de las Preciosas, tambien satirizadas por Moliere; escuela que consistia en el alambicamiento en las sutilezas y exageraciones; período que se da en España con Góngora, de cuyo género es ejemplo el *Polifemo*, obra extravagante y casi incomprendible. En Alemania, olvidándose del buen modelo que el jefe de la escuela Silesiana, Opitz, constituia, bus-

caron tambien la brillantez de la forma, y fueron, como era natural, en busca de modelos á Italia, donde encontraron las obras seductoras por su forma de Guarini y Marini; pero á más del extravío censurable de la forma, en Alemania se exageró más, viciándose tambien las obras en su fondo, constituido muchas veces por licenciosas imágenes, de lo que pueden presentarse como ejemplos la imitacion que de las *Heroidas* de Ovidio hizo Hoffman von Hoffmanswaldau y las odas de Gaspar de Lonhenstein. En los Países Bajos encontramos á los *Rivieristas* con los mismos defectos, siendo los más exagerados Van der Kodde y Smits; defectos en que tambien incurrieron los portugueses, entre ellos Vasconcellos, que seducido por Góngora escribió su *Polifemo y Galatea*.

Este período de mal gusto y vicios que en toda la literatura encontramos, no podia ménos de darse tambien en Inglaterra, mucho más cuando, como hemos dicho; los autores ingleses buscaron y trataron de encontrar en la demás literatura lo que en la suya echaban de ménos. El representante de la escuela conceptista inglesa es el autor dramático de quien, siguiendo el orden cronológico, vamos á ocuparnos. El carácter general de las obras de Jhon Lyly es, por calificarlo de la manera más aproximada, el eclecticismo. No podemos decir que es un autor cómico, pues en su elevado tono, en la buena eleccion de los asuntos y en los conocimientos que demuestra, más parece clásico; y entre éstos tampoco podemos incluirlo, porque en sus obras, si bien es cierto que aparecen clara y distintamente separados lo trágico y lo cómico, ha unido, sin embargo, con bastante frecuencia á los más delicados asuntos de la antigua mitología alusiones y bufonadas propias del carácter de su época en aquel país, no porque como otros autores tratara éste de conquistar los aplausos de la muchedumbre, para quien en modo alguno habia de escribir tan purista y refinado autor, adulador de la corte, de quien tantos favores recibia. La Inglaterra de aquella época se mostraba ávida de todo lo que fuera trascripciones de la cadenciosa lengua italiana, y esto, que ya favorecia la reina, dispuesta á convertir el Witehall en un hotel de Rambouillet, alentó á Lyly, que habiendo conocido y estudiado las viciadas obras italianas, escribió su *Rufus*, de donde tomó nombre la escuela.

Euphues—palabra griega tomada de la república de Platon, obra que, como todas las del mismo filósofo, se estudiaban por entonces en Florencia, ciudad la más frecuentada de todas las de Italia á causa de las relaciones comerciales,—fué la obra de Lyly, obra en la que solo lo rebuscado del lenguaje, las continuas hiperbólicas comparaciones, las antítesis y las ampulósidades son de admirar; obra que es la que más hizo fijar su nombre y la que dió lugar á que por un considerable número de años se le reputara como el jefe de una escuela que más de moda ha estado y que más importancia ha conseguido, marcando una considerable influencia, que se nota en un crecido número de autores, incluso el mismo Shakspeare. El argumento de esta obra no inspira ningun interés: el protagonista es un jóven ateniense que, bello de cuerpo y de elevado espíritu, va á Nápoles, capital populosa donde los placeres abundan y á Vénus se rinde culto. Trata de establecerse en aquella ciudad, y en ella su natural exaltacion le hace buscar las distracciones. A este carácter libre, ligero, puramente meridional, opone el autor un representante de la severidad inglesa encarnado en un viejo napolitano, que le aconseja obre con prudencia en una ciudad donde los peligros amenazan constantemente, recomendándole ruego y ame á Dios, que es lo mejor que se puede hacer. Eufues hace caso omiso de estos consejos, y pronto los olvida en la compañía de su nuevo amigo Filantos, que, amante de la hija del gobernador, aprovecha una ausencia de éste para cenar juntos, cena en que lo presenta á la bella Lucilia. Allí, como en los diálogos de Platon, se discute qué es lo que predominar debe, si la materia ó el espíritu. Eufues, con sutiles argumentos y pomposas frases, se decide por lo último, cautiva á Lucilia, que por tan retórico disertador olvida á Filantos; mas su dicha es pasajera, pues no transcurre mucho tiempo sin que se vea suplantado por un oscuro napolitano, con lo que, despechado y renegando de aquella vida, se vuelve á Atenas, desde donde dirige largas cartas de consejos á Filantos. A esto simplemente está reducido el fondo de la obra, insuficiente por todos conceptos para llamar la atencion y despertar el vivo interés que entonces despertó, efecto que debió obtenerse únicamente por la forma que emplea y la predisposicion del público, que es, sin que quepa duda, lo que

más favorece á una obra, de cualquier género que ella sea. Combina y ajusta perfectamente las frases, cuidando con esmero singular de que por nada se destruya aquella cadencia falsa que tan bien suena á su oído, para obtener la cual se ha visto precisado á aplicar un número considerable de palabras impropias de su lengua ó adulteraciones censurables de ella.

Esto que se nota en la novela se refleja tambien en sus obras dramáticas, en las que por cuidar de la forma y atender á que no faltara nada de lo que pudiera asimilarle más y más á los petrarquistas, olvida el fondo, resultando de aquí que argumentos de los cuales hubiera podido obtener magníficos resultados, quedan insuficientes de desarrollo que los hagan capaces de despertar el interés que debieran. Todos, absolutamente todos los personajes que saca á escena son caractéres frios y poco sostenidos, cuando precisamente todo lo contrario hubiera podido obtener. Para probar esto puede servirnos de ejemplo su obra *Alejandro, Campaspe y Diógenes*, tal vez la más importante de las que salieron de su pluma, y de cuyo argumento pudo obtener más que obtuvo. Se limita en esta obra á dar forma dramática á un incidente referido por Plinio. Despues que Alejandro Magno conquistó á Tebas, y despues de las horriboras matanzas que siguieron á la ocupacion de la ciudad, condujo cautivas á todas las mujeres que sobrevivieron, entre las cuales iba la jóven y bellísima Campaspe, de quien más tarde el hijo de Filipo se enamora. Quiere poseer el retrato de su amada, y encarga tan delicada obra á Apeles, el que teniendo presente aquel modelo fascinador por su belleza, y digno de interés por su desgracia, se prenda de él, con lo que llega á ser rival del rey. Campaspe ama á Apeles, de lo que obtiene el autor bastantes recursos dramáticos, y aquella lucha termina por último con la magnanimidad de Alejandro, que cede á su rival la bella que habia logrado enamorarle. Volvemos á repetirlo: sin la atencion que á la forma presta, con más verosimilitud y naturalidad en el lenguaje de sus personajes hubiera conseguido Lyly una obra suficiente á darle un nombre, porque no tuviera que ser censurado; pero el afán de imitar á Petrarca, que, como dice Gervinus, fué el que dió lugar á la invasion del mal gusto en Inglaterra, Francia y España, le hace olvidar las cuestiones de fondo, dar á los diálogos carácter de

discusiones metafísicas (1), independientes de la unidad de la obra, que en atención á esto deja mucho que desear.

Esto, que constituía defectos harto censurables, fué lo que llamó más la atención y lo que los animó á seguir más y más marcadamente el camino emprendido. Lyly, poeta cortesano y adulador en extremo, se cuida muy poco de la parte más general del auditorio, á la que parece atendió solo en *Mother Bombie*, comedia tal vez la más desgraciada del autor, en la que demostró carecía de vis cómica. En todas sus demás obras se muestra lisonjero en extremo, alabando á la reina, ponderando su hermosura, su castidad y su amor purísimo, trasunto fiel del espiritualísimo amor de los petrarquistas. En *Galatea*, *Metamórfosis de Amor*, *Safo* y *Faon*, *Endimion*, y en todas sus demás obras se ven alusiones más ó ménos encubiertas que contribuían á hacerlo el poeta más querido de la corte. Solo una vez, descontento de la escasa remuneración recibida, se venga á medias de una manera sutil en *La mujer en la luna*, en la cual se enumeran todos los defectos en que la mujer incurre, y que parecen ser alusiones á la reina. Pandora, la primera mujer, pasa sucesivamente por todas las humanas debilidades, concluyendo porque habiendo sido invitada por todos los planetas á escoger uno de ellos para que fije en él su residencia, escoge á la luna, que en la obra tiene el nombre de Cintia, nombre que Spencer había dado á la reina en su poema *Colin Clout's home again*; pero poca importancia se dió á este acto del poeta, que aprovechaba todas las ocasiones para alabar y ensalzar el poder de Isabel, cosa esta última que lleva á cabo con singular acierto en su obra *Midas*, personaje que representa á Felipe II (2) y donde fácilmente pueden conocerse á importantes personajes de la corte española

(1) En la escena tercera, acto primero, aparece Alejandro rodeado de filósofos, y dice:

ALEJANDRO. Aristóteles, ¿qué podría hacer un hombre para que lo creyeran un Dios?

ARISTÓTELES. Una cosa imposible á los hombres,

ALEJANDRO. Cleanto, ¿qué es más potente? ¿la vida ó la muerte?

CLEANTO. La vida, que tanto mal resiste.

ALEJANDRO. Crates, ¿cuánto tiempo puede vivir un hombre?

CRATES. Hasta que comprenda que es mejor morir que vivir.

ALEJANDRO. Anaxarco, ¿quién produce más seres? ¿la tierra ó el mar?

ANAXARCO. La tierra, porque el mar es una parte de ella.

(2) En boca de este Midas pone Lyly las siguientes frases: «Mi orgullo es desdeñado por los dioses, mi política por los hombres; mis tesoros han sido consumidos por mis soldados, y

de aquel tiempo, como sucede con el duque de Alba, representado por un guerrero violento y atrevido que no hace más que hablar de conquistas, victorias y matanzas.

Creemos bastante lo dicho para afirmar que Lyly es autor de no escaso talento, demostrado en muchas de sus producciones, cuyos fondos revelan á todas luces claro ingenio, si bien se le notan censurables descuidos, efecto del afán de sugestionarlo todo á aquella forma purista, imitacion exagerada del pedantesco petrarquismo. Lyly con sus obras dió en Inglaterra carta de naturaleza á lo que por él se llamó eufismo; él dió la forma, las reglas y el tono, sin que sea ni pueda ser responsable más que de haber alentado aquellos vicios de lenguaje y forma que ya antes de él existian, como pueden notarse en Wiatt, á quien llamaron el Petrarca inglés (1503-1541), y el desgraciado conde de Surrey, émulo del apasionado de Laura, que no dejó de dedicar tiernos sonetos y amorosos suspiros á la ideal Geralelina, personificacion inglesa de la espiritual italiana. Sin Lyly antes hubieran desaparecido aquellas falsas galas; pero su *Eufue* fué la obra de consulta por la que todos trataban de regular el lenguaje que empleaban, todos se atendien á las sutilezas por él empleadas, todos trataban de imitar sus imágenes, de la misma manera que los imitadores de Petrarca copiaban é imitaban hasta los equívocos del maestro, que cambiaba Laura, nombre de mujer, por *L'aura*, vientecillo, ó *aurca*, dorada, ó *laurea*, laureada.

Estos imitadores son los que más hacen vivir al imitado, mucho más si entre ellos se encuentran, como sucede en Inglaterra, genios de primer orden que se dejan arrastrar, como sucede á Shakspeare.

Inmediato á Lyly encontramos á Peele, eufista exagerado, aunque revelando ménos ingenio que el maestro: solo sabe rebuscar frases, siendo de notar en sus obras una completa falta de movimiento dramático y nada que pueda obligarnos á fijar la atencion en alguno de sus personajes. Sus obras principales

estos esquilados en la guerra; de las guerras no he obtenido resultados, porque tenian por fin la usurpacion; mis usurpaciones no tendrian limite, porque mi ambicion no los reconoce.» Al terminar la obra, Apolo dice á Midas: «No peses en la misma balanza la justicia y el oro, ni tiendas la mano lo mismo á la paz que á la guerra. Tu cabeza debe estar satisfecha con una sola corona.»

son *La batalla de Alcazarquivir*, donde el fin principal es explicar la desaparición de D. Sebastian de Portugal, y la parte que en aquella desgraciada expedición tomó un aventurero inglés. *El amor del Rey David y la bella Betsabé*, obra en que se nota menos eufismo y más méritos que en las anteriores obras dramáticas, y *El cuento de las viejas*, obra de la cual se ha creído por algún tiempo tomó Milton su *Comus*; opinión desechada después de descubierto el *Comus* de Enrique del Puy, profesor de Lovaina.

Otro autor que podemos colocar entre los eufistas, aunque es más en otro género donde se ha distinguido y donde de él nos ocuparemos, es Nash, con su obra *El Testamento de Summer*, obra cuyo título revela ya su género (1), género que en el teatro termina, pues no podían subsistir por mucho tiempo vicios á los que ninguna belleza disculpaba.

A. FERNANDEZ MERINO.

PENSAMIENTOS

La Dignidad es un templo
que el hombre moral se eleva,
en cuyo altar es él mismo
quien primero se respeta.

El *Pudor* es la protesta
que escribe en la frente el alma,
cuando empaña su blancura
alguna sombra liviana.

Es la cándida *Inocencia*
un copo de blanca nieve,
que en contacto con el lodo
se ensucia, derrite y pierde.

ALFONSO E. OLLERO.

(1) *Summer* significa en inglés el verano, y Summer se llamaba el bufon de Enrique VIII.

DISCURSO

SOBRE LA CRISIS OLIVARERA

Hace largo tiempo que se consideraba por los científicos una utilidad muy mal entendida la de vender leña menuda de olivo; pero muy recientemente se ha hecho un estudio detenido en Baviera, que prueba que la hoja viva del roble y de la encina contiene diez veces más potasa y cinco veces más fosfato que cuando muere y cae; y por lo tanto, no hay que extrañar absolutamente el estado mísero de las tierras de olivar, cuando se ve con tanta frecuencia extraer de ellas leña con hojas vivas para emplearla como combustible. Ciertamente iguales deferencias entre el estado de vida y muerte se encontrarán en la hoja de olivo; y esto descubre el velo del misterio para muchos casos de empobrecimiento rápido que conozco. Tengo necesidad de pasar ligeramente por esto, como por otros muchos detalles, afanoso de llegar al fin que me propongo hoy, que no es otro que presentaros en forma práctica é imbuiros la verdad de que podeis aumentar de una vez para siempre la fertilidad de vuestros olivares, y que haciéndolo no debeis temer competencia alguna ni dentro ni fuera de España para producir aceites buenos y baratos. La potasa es un elemento importante pero peligroso, porque si los efectos de su escasez son marcados en la cosecha y en el árbol, los de sus excesos comprometen su vida misma, y el empleo de este fertilizante exige cautela para sostenerlo en el equilibrio en que lo beneficie y no le dañe. Con exceder tres veces la dosis que corresponderia á un buen abono, he matado una maceta de Ebonimus. Afortunadamente la superabundancia de este elemento puede reconocerse antes que sea fatal, y si bien se confunde algo con la escasez de azoe, pues la hoja toma un color apagado que al fin llega á amarillo, los antecedentes y la observacion permitirán que nos apercibamos á tiempo si por acaso nos excedemos, y con suspender el proveerla y limitarnos á conservar la que el terreno

tenga, estaremos en el grado conveniente. En el cultivo mejorado del olivar habrá una época, que será la primera, en la cual la mayoría de las fincas necesiten potasa; pero presumo que pronto podrá prescindirse de ella, aun mucho antes que haya de cesarse en proveer á la tierra de fosfato y cal.

Réstame hablar de ésta. Seré muy breve: todo terreno que no la tenga, la necesita para la buena y activa vegetacion; pero como este elemento no puede prácticamente ser peligroso considerado como abono, no me detengo en él.

Tales son los elementos aislados que juntos forman un abono completo, que á su vez vienen á ser complementarios de los naturales: los he tratado de la manera general que puedo hacerlo ahora; pero antes de llegar á hablar de la forma práctica y de las cantidades en que han de emplearse, necesito presentaros una cuestion prévia.

Yo entiendo, señores, que en un cajon de cuatro varas de lado, es decir, de 16 varas cuadradas de superficie y una y media de profundidad, atendiendo solo á las exigencias químicas, puede cultivarse un olivo, al cual, echándole los abonos necesarios, se le hará producir tanta aceituna como el olivo que en la tierra, á la marca de 14 varas, tan usual, se le concede un cajon equivalente á 196 varas cuadradas.

Yo sé muy bien por qué la práctica de los siglos ha sancionado que así conviene hacerlo: sé muy bien que si otra cosa se hiciera en vuestro cultivo, en vuestro modo de entender la fertilidad de la tierra, se llegaria á ménos producto todavia que hoy con más gasto y más inconvenientes, y eso que vuestros árboles no son lo que deberian ser; vuestros árboles son raquíticos, miserables, reducidos á su mínima espresion de ramas; y no os digo con esto que hacéis mal en tenerlos así; ¿cómo he de decir yo tal cosa cuando sé que es una necesidad para que un árbol fructifique en terreno pobre que él mismo sea pobre tambien? que es preciso que tenga la vegetacion leñosa y herbácea contrariada, sin lo cual gastaria todos los elementos en formarse, en crecer, en engordar y echar ramas; y solo cuando se hallase completo seria cuando empezaria á dar fruto. La penuria en que vive vuestro olivo de sustancias alimenticias es lo que os obliga á sostenerlo en esa vegetacion tan antinatural, y es la que os obliga á concederle ese cajon de 196 varas en vez del de 16. Ponedle á mano alimentos, y vereis que ni el árbol necesita esa desnudez, ni las raices ese inmenso perimetro en que trabajosamente busca su aliento. El hombre de las selvas que vive de frutas naturales ha menes-

ter gran extension de terreno para alimentarse mal, mientras el hombre en Bélgica considera que puede vivir bien del producto de media hectárea. El olivo extensivamente cultivado es el hombre salvaje; intensivamente es el flamenco del siglo XIX.

Vamos á considerar ahora á las fincas de olivar, por lo que hace á la riqueza de su terreno, en tres estados.

El actual, al que me permito llamarle el estado del acaso. En él hay olivares que por hallarse en tierras buenas producen mucho; hay otras haciendas que siendo su terreno malo ó gastado producen poco; pero en el estado del acaso nadie deliberadamente se propone coger una cantidad dada por árbol ó por extension de terreno, porque no hay conciencia de que esto sea factible. El estado del acaso debe desaparecer, y donde no pueda conseguirse esa casi uniformidad y constancia de productos á que propongo que se aspire, dependerá de tener la tierra ó situacion condiciones tan impropias para el cultivo del olivar, que ciertamente lo ménos malo será abandonarlo. El término medio del producto de aceitunas en el estado del acaso es 10 fanegas por aranzada de 60 piés en la provincia de Sevilla, pasando, por supuesto, por todos los grados desde 5 á 20; pero lo más grave de ese estado es que las fincas llegan á un máximo y que despues siempre van atras sin que sea posible lograr productos estables.

Este estado debe sustituirse por el intensivo, al cual propongo que le llamemos á aquel en que cada aranzada de 60 piés, á la marca usual, produzca 30 fanegas de aceituna por término medio de cada año. A este estado pueden llegar todos los olivares con ligerísimas excepciones, sean hoy de primera, de segunda, de tercera, y aunque estén perdidos y abandonados, por medio de los abonos completos ó incompletos á que me he referido.

Por fin, hay otro estado posible por lo que hace á la fertilidad de la tierra de olivares, al cual llamaremos intensísimo, porque cuando lleguen á dar, como darán todos los bien tratados, treinta fanegas de aceituna por aranzada, con mucha más certeza y regularidad que da sus exíguos productos hoy, no se habrá alcanzado ni con mucho lo que la tierra bien manejada puede producir; y lo comprendereis así, ó al ménos comprendereis el que yo lo diga, recordando lo que ha poco os aseguraba respecto á no necesitar el olivo tanto terreno como el que se le dedica, si en mucho ménos espacio se contienen todos los elementos que contribuyen á la fructificacion. En una hacienda, la riqueza de cuyo suelo permita el producto correspondiente al estado intensivo, se estará haciendo un gran desperdicio de terreno, de trabajo, de

capital y de atencion, puesto que sin aumento de estos, ó con muy poco, podria aún aumentarse considerablemente los productos; hacerlo seria llegar al cultivo intensísimo. No debo ocultar á ustedes mis dudas de si para llegar á ello convendrá aumentar el número de piés de olivo ó asociar otro cultivo; y mis vacilaciones sobre este punto están muy justificadas, porque hasta cierto grado depende de lo imprevisto, como es la cantidad de consumo y usos que estén reservados en el porvenir lejano al aceite de oliva. Teóricamente debe resolverse por aumentar el número de árboles; prácticamente el tiempo dirá, pues es cuestion lejana y no inmediata.

Por más que para dar claridad al pensamiento haya presentado los tres estados de fertilidad del terreno como absolutos, casi me parece que no tengo necesidad de decir que cabe la fusion entre ellos; y al mismo tiempo que caminando al cultivo intensivo se llega á coger 20 ó 25 fanegas de aceitunas por aranzada, puede aspirarse con los abonos correspondientes, aparte por supuesto, á recolectar en el mismo terreno 12 fanegas de habas, por ejemplo, sin perjuicio de seguir aspirando al producto intensivo del árbol, y al intensísimo de la tierra por coger las 30 de aceitunas, y el máximum tambien de la cosecha adicional.

Cuanto llevo dicho puede llamarse la teoría de la aplicacion de mis principios al futuro cultivo del olivar: permitidme ahora que os presente hechos, lo cual es siempre mucho más importante que presentar opiniones.

Las únicas pruebas locales y prácticas que puedo aducir en confirmacion de mis teorías son la del Sr. D. José Domingo Irureta Goyena, que en una hacienda de Castilleja, desde hace cuatro años, usa su propio orujo como abono; y aun cuando es mucho más que eso lo que se necesita hacer al principio, porque lo que allí se hace es más para conservar la fertilidad que para aumentarla, sino muy ligeramente acaso, los resultados, segun me asegura, son muy marcados en cuanto á la regularidad, seguridad y uniformidad de las cosechas, y yo veo con placer que el menor esfuerzo que ese señor haga, aun en el buen camino, puede dar lugar á que Andalucía deba al Sr. Irureta Goyena el primer ejemplo práctico de una finca de olivar elevada artificialmente á la produccion de 30 fanegas de aceituna por aranzada, y conservada en ella indefinidamente, como no me cansaré de repetir que puede hacerse.

Tengo asimismo noticia vaga de que el Sr. D. José María de Ibarra usa en su hacienda de Bujalmoro el alpechin como abono: despues de lo que os he dicho ya, entendereis que considero esto

muy insuficiente, no solo para aumentar, sino hasta para sostener la fertilidad; pero como tengo el gusto de ver al Sr. Ibarra entre nosotros, yo no me permito comentar este hecho sin que este señor tenga antes, como espero, la bondad de hablarnos de él.

Por fin puedo hablaros de otro caso práctico, en el cual la exagerada modestia del ensayante me impide citarlo con nombre propio. Le he pedido permiso para ello, y me ha significado su deseo, que respeto, de que no lo haga.

Se trata de un hombre de matemáticas del grado más superior de ellas, y esto tal vez es lo que le hace no querer sentar como verdad confrontada por él lo que le dice la práctica de pocos años. En este caso el experimentador aspira á aumentar la fertilidad de la tierra y el número de árboles en la misma extension de terreno: es decir, que camina al cultivo intensísimo á que yo me he referido. Ya ha conseguido más que triplicar los productos anuales de la finca en solo tres años, y la cosecha de este año, tan contrario á todos, y más á los terrenos muy abonados, ha sido cuatro, cinco, y hasta ocho veces mayor á igual terreno que la de los prédios colindantes.

Se trata de una hacienda de bastante extension, y de un propietario por su carrera, por su posicion y por su gran probado talento, de mucha autoridad. Es de esperar que cuando mi amigo considere que ha llegado el momento de salir de su reserva, su experiencia y su opinion sean de un peso decisivo en la balanza del cultivo intensivo del olivar, y tal vez conduzca directamente al intensísimo.

Por una de esas aberraciones tan frecuentes como incomprendibles en las capacidades privilegiadas, el ensayante á quien me refiero desconoce todo lo grande, todo lo definitivo y concluyente de sus resultados, porque no tiene fé, ó no la demuestra al ménos, en la ley de la restitution, puesto que no establece la diferencia que existe entre el período de enriquecimiento y el de conservacion bajo el punto de vista económico: esto es lo que le hace desconfiar de los resultados pecuniarios, del mejoramiento que ha conseguido en los productos de su finca.

Pasemos, pues, de este terreno de la práctica aislada del presente á la práctica general del porvenir, á que yo deseo llevar á los señores olivaderos.

Los hacendados que verdean su aceituna deben emplear cuatro quintales de fosfato de cal puro, tres quintales de potasa y cuatro quintales de yeso, si quieren ir seguros de producir 30 fanegas de aceitunas por año; pero esto es lo que necesitan para sostener

esa producción, aparte de conservar todos los residuos de la vegetación del árbol cuando se llegue á ella: para llegar debe doblarse la dosis. La manera práctica será emplear 10 quintales de fosfato de cal de 80 por 100 molido por aranzada, y 24 quintales de feldspato ortosa en el mismo estado, y cuatro quintales de yeso. El costo de todo esto sin moler será á lo sumo 280 ó 300 rs. por aranzada. No es posible calcular cuántos años durará la doble dosis, ni en qué casos y hasta qué punto la potasa pueda suplirse con labores; pero de todos modos se debe contar como máximo coste con 300 rs. en el período de enriquecimiento y 150 en el de conservación. Tal es el gasto directo en abonos para cosechar 30 fanegas anuales en los olivares que se verdean. Tanto por la poca importancia relativa de esta clase de fincas, como porque de lo que sigue se desprenden las sustituciones que pueden hacerse, no me detengo más en este género de cultivo.

Los olivaderos que emplean su aceituna para fabricar aceite por sí mismos, y que son los que yo considero que forman la base de la industria olivarera, han de pasar por dos períodos también: el de enriquecimiento de sus tierras y el de conservación.

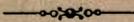
En el primer período emplearán cinco quintales de fosfato de 80 por 100, que costarán á 16 reales quintal, y 20 quintales de feldspato ortosa de valor de 3 rs. quintal, y cuatro quintales de yeso de 5 rs. quintal, cuyo costo total será unos 160 rs. por aranzada. Además de esto, conservarán la totalidad de leñas, orujos y alpechin. Este es el costo máximo; pero en los casos prácticos se presentará la posibilidad de supresiones y sustituciones con mucha frecuencia. En el período de conservación no se gastará teóricamente absolutamente nada en abonos.

Los cinco quintales de fosfato de 80 por 100 pueden sustituirse con diez de 40 por 100, y en ese caso, como éste valdrá solo cuatro reales quintal, podrá hacerse un ahorro de 40 rs. en aranzada al ménos; pero siendo probable que la ganga sea caliza, podrá tal vez ahorrarse en totalidad el yeso y dejar el costo reducido á 100 reales aranzada. El ahorro no es, sin embargo, tan completo como parece, porque en vez de moler cinco quintales de fosfato será preciso moler diez. Si además de la sustitución de fosfato rico por el pobre se apela á sustituir el feldspato por hojas cortadas vivas de mata parda, como puede hacerse en algunos casos, 30 quintales de hojas secas equivaldrán á los 40 de feldspato; pero es probable que las hojas permitan suprimir parte del fosfato, y cuando pueda hacerse dicha sustitución, el costo por aranzada tal vez se reduzca á 80 rs. Este costo es el mínimo con que podrá darse el abono mi-

neral completo; pero no el mínimo á que pueda abonarse para enriquecer los terrenos y elevarlos al producto constante de 30 fanegas por aranzada, porque se presentarán casos en que podrán suprimirse algunos de los elementos de abono de la tierra. Es muy remoto que esto tenga lugar con respecto á los fosfatos de cal; pero en cambio es muy probable, en ciertos términos al ménos, que pueda hacerse en cuanto á la potasa; y si se une el suprimir ésta á emplear los fosfatos de ménos ley, puede llegarse á un mínimo de costo de 60 rs. por aranzada para enriquecer los terrenos de olivares destinados á fabricar aceite, hasta el punto de elevar sus productos á 30 fanegas de aceituna por aranzada y año: y como ya sabeis, este gasto no será permanente, sino que los terrenos llegarán á un grado en que producirán constantemente esa cosecha sin gasto alguno en abonos en teoría, y es de creer que en práctica tampoco; pero en el peor caso seria un gasto insignificante. De las sustituciones que pueden hacerse con mayor costo, si bien por sustancias más activas, no vale la pena hablar ahora, si se exceptúa el usar huesos en vez de fosfatos fósiles; lo único que me queda que mencionar en el punto de vista práctico es que cuando los olivares estén pobres de ramas es menester favorecer la vegetacion con estiércol, aunque sea á costa de la fructificacion, pues no es posible tener 30 fanegas de aceitunas por aranzada en árboles que no tengan sobradamente dimensiones para ello, y ante todo es menester tener árboles. La vegetacion herbácea puede favorecerse tambien sembrando habas y altramuces que cultivar en verde; pero ha de ser empleando abonos potásicos, fosfatados y calizos, pues el único elemento en que se enriquecerá la tierra por las plantas enterradas en verde será el azoe.

JUAN GOMEZ HEMAS.

(Se continuará)



LA CONCIENCIA

En las sombras oscuras
de la medrosa noche,
una sombra aparece y anhelante
tras de mis pasos corre:
en vano sombras á la noche pido,
para ocultarme de ella...
¡quién, aunque lo ambicione,
ocultarse podrá de su conciencia!

LUIS MONTOTO.

MARTIN DUÉLAMO.

TRADICION.

VI

Pasemos ahora á ocuparnos de las viajeras y del huésped del castillo de Bellvente, que ya hacia media hora habian penetrado en él.

El tiempo que tardaron en el camino parecióles un soplo. Asidos como iban del brazo doña Ana y el peregrino, las eléctricas corrientes del contacto les habian indicado mucho más que cuanto pudiesen sus palabras. Además iban tras de ellos Aldonza y los dos criados, y la conversacion era ligera y vulgar, pues así lo aconsejaba el respeto.

En este estado de deliciosa impresion llegaron nuestros jóvenes al castillo de doña Ana.

Uno ó dos criados campesinos habian salido á recibirlos, y tomando las caballerías, con los sirvientes se habian retirado á sus departamentos, mientras el que hacia de conserje y guardian, con mudo silencio y servilismo, con un farol en la mano precedia á Aldonza y ésta al peregrino y á doña Ana, que continuaban en muda contemplacion.

Despues de unos momentos estaban ambos jóvenes instalados en un sombrío y anchuroso salon y al lado de una chimenea, donde principiaba á arder un fuego consolador, pues todo en aquella cámara parecia frio y de hielo.

En estas preparaciones de colocarse y encender lumbre, Aldonza habia comunicado en secreto con su señora doña Ana, y ésta habia cambiado de repente.

Al encontrarse ya solos y sentados en dos soberbios sillones colocados sobre pieles de osos que rodeaban el hogar, y apoyados sus piés en la chimenea, el joven habia notado un cambio repentino en los sentimientos y fisonomía de doña Ana; pero sin poder comprender la causa, pues no habia percibido lo que Aldonza la comunicase.

Doña Ana al sentarse había caído en el sillón como postrada después de recibir la confianza de su dueña.

Luego que se hubieron retirado el criado y Aldonza pasaron aún nuestros jóvenes unos momentos de silencio, pues doña Ana, sin poderlo disimular, tenía baja la cabeza en visible y tristísima meditación.

El joven peregrino, al contemplar este abatimiento tan repentino, no pudo menos de preocuparse, mucho más cuanto en el corto paseo que había dado para llegar al castillo con doña Ana había notado señales indudables de impresión favorable de simpatía en ésta.

¿Qué será, se decía el joven, este cambio tan repentino? Es preciso conocerlo. Y en seguida le dirigió la palabra.

—Creí por un momento haber encontrado mi felicidad al aceptar vuestra hospitalidad, y veo, por el contrario, que solo es mi desventura.

—Dispensadme—repuso doña Ana,—un sombrío pensamiento me ha acometido, es verdad, y no he sido dueña de mí misma para disimularlo; pero tranquilizaos, os lo ruego, no es nada.

—Es difícil me pueda tranquilizar descendiendo del cielo á donde me había llevado mi ensueño.

Doña Ana bajóse para atizar el fuego, y respondió después:

—Debeis tener frio: está tan despoblado este salón... el fuego consuela.

—¿Os desentendeis de mi conversacion?

—¿Pudiérais creerlo, cuando tanto y tanto os he rogado para que aceptáseis mi hospitalidad? ¿No teneis conciencia de haberme salvado la vida?

—Sin embargo, desde hace un instante os encuentro muy cambiada y quisiera saber la causa para evitaros cualquier disgusto.

—Os he asegurado antes que fué solo un sombrío pensamiento y que ya ha pasado del todo; os lo repito.

Doña Ana verdaderamente estaba trastornada, dolorida, impresionada y llena de rubor. No sabía como excusar la cariñosa solicitud del joven, y sin embargo, al escucharlo se estremecía de dolor, y temblaba aún más si lo dejaba continuar en aquella instantánea pasión que en el joven había encendido.

—Una prueba de ello—dijo después reponiéndose un poco—¿Por qué no me hablais de otros países, de otras costumbres? Las veladas son muy gratas de este modo.

—Primeramente, señora mia, soy muy joven y no tengo historia alguna: he viajado desde niño por muy lejanos países en verdad,

pero he viajado como lo haría un pária, un esclavo sin conciencia alguna ni de familia, ni de amigos, ni de deberes, ni de sociedad. Esto es cuanto yo os puedo decir. Ahora es cuando empiezo á ser hombre y ya me asedia la amargura.

—¿Tan pronto? ¿Y por qué? Podeis decírselo á una amiga, y una amiga verdadera, como debeis suponer.

Cada frase de doña Aña parecía por grados más violenta, y este estado no podia pasar desapercibido del jóven. Doña Ana temblaba de que su huésped hablase lo que indudablemente sentia y ella veia claramente en sus ojos, y moria de dolor de que así no lo hiciese, porque verdaderamente doña Ana se habia encontrado por primera vez y rapidísimamente amante y pudorosa. Se habia entregado decididamente á su destino, y éste no sabia cuál fuese en el estado de duda terrible que se encontraba.

A las últimas palabras de doña Ana, el jóven repuso:

—Me decís lo diga todo á una amiga, y sin embargo esta amiga balbucea, tal vez en contradiccion sus palabras con sus sentimientos. Me decís que hable de los míos á una amiga verdadera, y con todo, torceis la conversacion.

Doña Ana bajó aún más la cabeza sobre el pecho, con verdadero dolor de muerte. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y ya no trató de ocultarlas.

—Sufro mucho, ¿qué os he de decir? Sufro mucho, y no veo ya ningun consuelo para mí en la tierra.

—No será así, no será, yo os lo aseguro—replicóle el jóven enardecido y acercándose más á doña Ana.—Oídme, añadió con vehemencia, os he dicho que empezaba ahora la vida del hombre y que me asediaba ya la amargura. ¿No sabeis por qué?

Ante el fuego de la espresion del caballero, doña Ana levantó la cabeza y le miró asombrada, respondiéndole.

—No lo quisiera saber, porque tendria sumo dolor.

—Pues dispensadme, debo decíroslo, y os lo diré; tal vez de este modo resolveré de mi destino.

—Os aseguro que sufriré mucho; adivino lo que intentais, y á la verdad, no es posible.

—Sí es posible, es posible—repuso con más fuego y decision el joven.—Es posible, porque vos me lo habeis dicho. Es posible, porque no sois casada. Es posible el que yo os ame, porque vos, á vuestro pesar, teneis por mí simpatías.

Un rayo de felicidad brilló por un instante en los ojos de doña Ana, y rápidamente se tornó sombría y horriblemente lívida, corriendo las lágrimas abundantemente por sus mejillas.

El jóven, calenturiento, sin notar la transición, le tomó arrebatadamente una mano. Doña Ana dejólo, y le dijo:

—No, no, nunca.

—Sí, respondióle el jóven delirante; yo os amo y vos me amais. Otra vez se inundó de placer el semblante de doña Ana, y díjole:

—¿Me jurais no tener otro interés que yo superior en la vida?

—Sí; sí, os lo juro, porque ahora es cuando ésta empieza.

Aquellos momentos de vida y de felicidad de doña Ana pasaron como un relámpago. Tornóse aún más sombría y muda, y las lágrimas cesaron de repente. Poco despues apareció tristemente pensativa, y le dijo:

—Adivinaba desde el primer momento vuestro amor, y yo, á mi pesar os lo confieso, recibí idéntica impresion por vos.

—Sí, seremos felices, le interrumpió el jóven ardorosamente y queriendo estrechar á doña Ana entre sus brazos.

Doña Ana se lo impidió digna y gravemente.

—Conteneos—le dijo,—conteneos, y oidme. Adivinaba desde el primer momento vuestro amor, y sentí, á mi pesar tambien, igual afecto por vos, os he dicho. Pero despues he comprendido que esto no puede ser posible en la vida, porque yo estoy sola y separada para siempre del mundo. Id á la villa mañana.

—¿Me despedís?—interrumpió vivamente el jóven.

—No, de ninguna manera. Vos lo sabeis.

—Os amo, volvió á decir el jóven tristemente.

Doña Ana continuó sin perder aquella horrible tranquilidad sombría que habia sucedido á su explosion de lágrimas de amor.

—Sé que me amais, no lo he podido dudar ni un instante desde el momento en que os ví. Tambien tengo la seguridad que habeis conocido perfectamente en mí igual arrebatadora sensacion; y por si acaso vos no lo hubiérais conocido, yo he tenido la culpable franqueza de revelároslo. Así, pues, yo no puedo despediros; pero debo poner por ahora un punto en esta conversacion, y así os lo exijo, invocando ese mismo amor que me teneis.

Doña Ana se detuvo contemplando al caballero, que visiblemente sufría pensando.

—Os lo exijo, os lo ruego con toda mi alma; no sigamos sobre este punto. Cuando salgais de este castillo ireis á la villa en cumplimiento de un encargo. Cumplido como caballero y como cristiano. Cuando volvais al castillo, no lo dudeis, os esperaré para oír, si quereis, vuestras palabras de amor; más aún, para realizarlo.

—Pero ¿por qué este cambio tan repentino? Yo sufro, no puedo comprender...

—¿Quereis que además de mi ruego me avergüence yo misma delante de vos?

—¡Ah! no; pero decidme tal misterio.

—Averigüadlo por vos mismo en la villa; sobre todo, cumplid vuestra mision, y os juro que despues os oiré en todo.

—Lo haré, y volveré.

—Juradme como caballero que hemos acabado por ahora esta contienda, hasta el punto en que despues de haber salido de este castillo y cumplais vuestro encargo quisiérais volver á él.

—Os lo juro—replicóle el jóven, abatido, meditador y conforme ante la gravedad, la sinceridad, la inquebrantable fijeza que demostrara doña Ana.

—Gracias, esto más os deberé eternamente.

Guardaron unos momentos pertinaz silencio; doña Ana de - pues reponiéndose, habló:

—Sois mi huésped y mi salvador, y no debo descuidarme en trataros como á tal. Es preciso, pues, que nos sirvan la cena.

Al decir esto llamó doña Ana á Aldonza. El caballero, silencioso permaneció en una postura de abatimiento: sus dos manos sujetando su frente.

VII

La noche se habia presentado intensamente fria y oscura como el horror. El silencio de los campos era solemne y temeroso.

Pedro Koi, como dijimos, saltando calenturiento sobre las matas habia llegado á la puerta del castillo, donde en vez de viejo y feroz guardian habia encontrado una mujer.

Apenas hubo Pedro penetrado por las puertas del castillo, un ruido estridente de cadenas dejóse oír á su espalda.

El puente levadizo se habia levantado.

La mujer que le esperaba era la dueña Aldonza Romero.

Esta representaba la edad que hemos indicado, y sin embargo, conservaba aún todavía restos poderosos de una pasada hermosura.

Pedro Koi contemplóla profundamente, y parecióle notarse encontraba como impresionada, como temblorosa.

—He venido á recibirlos, le dijo Aldonza, porque el agradecimiento de mi ama lo siento del mismo modo, y queria expresarósló por mi parte.

—Agradecéroslo hé en el santo nombre de Dios, respondió Pedro con ternura.

Aldonza, sin cesár de mirar y admirar á Pedro, le precedió por el patio del castillo, sombríamente oscuro, y despues le hizo penetrar por un gran portalon, que en su primer espacio anchuroso no presentaba á su frente sino muchas cabezas de ganado mayor de osos y de lobos, y á sus dos lados de entrada dos recipientes de madera con alabardas y mosquetes enmohecidos, terminando á cada uno de ellos por dos anchísimas escaleras que conducian al piso superior.

Este grande espacio estaba alumbrado por un gigantesco farol, colgado en el centro, de solo un mechero y una luz; y aquel espacio, con aquellos trofeos, iluminado por tan escasa luz, hacia más tinieblas y producía como ellas miedo y terror inexplicable.

Por la escalera de la derecha subieron Aldonza y Pedro, y atravesando despues un compartimiento y varios comedores, fueron á dar á un salon anchuroso, en cuyo extremo opuesto al de la entrada, y delante casi de un balcon, habia una gran copa de bronce sostenida en alto con garras de leon del mismo metal, y á su orilla un alto velador de recipiente, solo el preciso para contener un velon monumental que ardia en dos de sus seis mecheros.

El fuego de la copa de metal, casi acabado de encender, humeaba un tanto, y Aldonza dirigióse al balcon, y abriéndolo se asomó á él á la par que Pedro, que la seguía; entretanto el humo se desvanecía con el viento que penetraba.

—Dispensad, pero el humo no es cosa de sufrirlo, pues es mal sano—le habia dicho Aldonza.

—No me sienta mal el respirar el aire, porque he venido corriendo antes de que se acabara el crepúsculo para no perder de vista el castillo, y he llegado fatigado.

—Habeis tardado. ¿Os extraviásteis?

—No, de ningun modo, sino que cansado, y descansando como estaba, me he venido despues ya que no habia otro remedio por causa de la noche.

—Entremos, os puede hacer mal el aire.

—No tengais miedo; la noche, aunque oscura, no es demasiado fria.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

(Se continuará.)

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO

El Sr. D. Leon José Serrano ha publicado un libro que titula *Estudios sobre el régimen constitucional y su aplicacion en España*.

Esta obra, despues de una introduccion perfectamente escrita, se ocupa de las siguientes materias: del verdadero liberalismo, de la clasificacion filosófica de nuestras escuelas políticas, de la escuela teocrática, de la legitimista, de la realista, de la democrática, de la doctrinaria, de la liberal, del origen y teoría del gobierno representativo, de la reforma electoral parlamentaria en España, de la clasificacion de los sistemas electorales, de la nueva forma del sufragio universal y de la organizacion del Senado. Todos estos asuntos están tratados con acierto y de manera que prueba la competencia de su ilustrado autor.

El libro véndese al precio de 8 rs. en las principales librerías.

Hemos tenido el gusto de recibir un ejemplar del cuadro episódico que con el título *Una escena del Quijote* ha escrito nuestro amigo y estimado colaborador de la REVISTA D. Aureliano Ruiz.

Este bellissimo cuadro fué hecho expresamente para el Liceo de Granada, donde se representó con brillante éxito, y está dedicado por el autor en prueba de afecto de sus amigos y compañeros de la Junta de gobierno de la referida Sociedad.

Los personajes que juegan en este episodio son: la sobrina de D. Quijote, D. Quijote de la Mancha, Sancho Panza y el cura de Argamasilla de Alva, en cuyo lugar se desenvuelve la accion de manera tan discreta como natural, siendo el diálogo tan intencionado y fácil como correcta la versificacion.

Reciba nuestro amigo los más sinceros plácemes por su última composicion que contiene tan delicados pensamientos.

DIRECTOR-PROPIETARIO
ANTONIO LUIS CARRION